[Montes de Oca y Obregón, Ignacio
bp. of San Luis Potosí, 1840-1
Homilía que en la solemne orde
cion celebrada en la nueva catedr




SEAL OF THE UNIVERSITY OF TEXAS

HOMILÍA

QUE EN LA

SOLEMNE ORDENACION

Celebrada en la nueva Catedral
de Ciudad Victoria

EL SÁBADO SANTO DE 1879

PRONUNCIÓ

EL PRIMER OBISPO DE TAMAULIPAS



MEXICO

IMPRENTA DE IGNACIO ESCALANTE
Bajos de S. Agustin n. 1

1879

HOMILÍA

HOMILÍA

QUE EN LA

SOLEMNE ORDENACION

Celebrada en la nueva Catedral
de Ciudad Victoria

EL SÁBADO SANTO DE 1879

PRONUNCIÓ

EL PRIMER OBISPO DE TAMAULIPAS



MEXICO

IMPRENTA DE IGNACIO ESCALANTE
Bajos de S. Agustin n. 1

1879



TIRADA DE ESTA EDICION

50 Ejemplares en papel de Holanda.
200 id. en id. Lacroix.

Ejemplar Número 19.



Confortare et esto robustus: tu enim introduces populum istum in terram, quam daturus se patribus eorum juravit Dominus.

Esfuérzate y sé robusto: porque tú introducirás á este pueblo en la tierra que el Señor juró á sus padres que les habia de dar.

Deut. xxxi, 7.

LAS ceremonias anticipadas de esta noche santísima, largas de ordinario, y prolongadas hoy con la ordenacion solemne, parece que deberian imponerme prudente silencio. Pero al mirar en torno mio, y contemplar sobre mi cabeza la bóveda recien acabada y á mi lado las ruinas de otro templo que aún no se derriba del todo; al ver enfrente al levita que acaba de ascender al sacerdocio, y más allá sacerdotes mayores que yo mismo en edad y en trabajos apostólicos; al oir

al principio de los divinos oficios, entonar por el jóven lector la profecía sagrada, en que Moisés encomienda á un nuevo caudillo aquel pueblo que á él no es dado introducir en la tierra de promision; al engolfarme, por último, en los pensamientos que tal espectáculo sugiere, y lanzar una mirada escudriñadora al porvenir, no me ha sido dado resistir al impulso vehemente de dirigiros palabras supremas de gozo, de admonicion y de parabien.

Escucha, pues, nuevo presbítero, la voz del Pontífice que te ha conferido la dignidad sublime, que ya nada será capaz de arrancarte; oidme vosotros, ministros del Altísimo, que ya por ocho años he guiado á las batallas del Señor; óyeme, oh pueblo de esta ciudad, á veces fiel y á veces ingrata cual los israelitas á los beneficios de Dios. ¡Techo ruinoso, paredes medio demolidas del antiguo templo que durante lustro y medio ha sido mi única basílica! prestadme sombra por última vez ántes de desplomaros del todo. Nave espaciosa que ahora por primera vez nos abrigas, pues te veo terminada y me gozo en contemplar los arcos que te sostienen, haz vibrar con eco so-

noro la salutacion que te dirijo, ya que á tus hermanas, apénas iniciadas, no me será dado saludar con igual efusion.

No cuento, es cierto, los ciento veinte años que pesaban sobre Moisés, cuando dijo al pueblo de Israél: *No puedo más salir ni entrar, y mayormente que el Señor me ha dicho: No pasarás este Jordan! . . . . y ese Josué pasará delante de tí como ha dicho el Señor.* (DEUT. XXXI, 2, 3.) Me siento, no obstante, culpable del mismo delito que impidió á Moisés entrar en la tierra prometida. Yo tambien, como él, he desconfiado alguna vez de que el Señor haga el milagro de gracia que se requiere para salvar á este su pueblo. Al ver los obstáculos que me impiden proveeros de sacerdotes, al mirar la incredulidad siempre creciente y el indiferentismo que asienta cada dia más y más su reinado, he exclamado como el caudillo de Israél: ¿Acaso podrémos hacer salir agua de esta árida peña? *Num de petra hac vobis aquam poterimus ejicere?*

A mí tambien, por consiguiente, considero dirigida la sentencia de Jehová: No pasarás este Jordan: *Jordanem istum non transibis.* Es-

te pueblo que parece ahora tan duro y recalcitrante, al fin se convertirá al Señor su Dios; cultivará la Religion, amará la piedad; se mostrará obediente á los ministros del Altísimo; los socorrerá en sus necesidades temporales; contribuirá con generosas donaciones para los templos que edifiquen; pero tú no verás ese dia, ni serás tú quien penetre con la nueva generacion de santos, á esa tierra prometida que produce leche de buenas obras y miel de caridad: no, tú no pasarás ese rio que divide á la raza actual sumergida en el indiferentismo, de esa nueva progenie que será mandada de lo alto: no pasarás este Jordan: *Jordanem istum non transibis.*

Pocos é inconstantes son los ministros que á duras penas consigues para apacentar tu disperso rebaño. Los convidas, y no te escuchan; apénas los sacas al desierto, cuando empiezan á llorar por las cebollas de Egipto; apénas los inicias en el trabajo apostólico, cuando desmayan, desfallecen, desertan. Esta situacion no será permanente. Suscitaré ministros segun mi corazon, fieles, esforzados, constantes. Los suscitaré en tal número, que

basten y sobren para distribuir el pan de la palabra á las multitudes cada dia más hambrientas. Ellos conducirán á tus ovejas, que ahora vagan errantes sin dejarse encerrar en el aprisco, á esos campos fecundos y de pastos saludables adonde tú te empeñas en balde por llevarlos. Pero ni esos ministros ni esos fieles te verán á su frente cuando hagan su triunfal entrada en la tierra de promision: *Jordanem istum non transibis.*

Te has afanado en vano por fundar sobre sólidas bases la fuente, el semillero de sacerdotes que sucedan á los presentes en los trabajos apostólicos que ya van minando su salud y sus fuerzas. Ni una vocacion se ha logrado; ni un sacerdote nacido en tu territorio ha recibido la uncion sagrada. Has logrado hacinar piedras materiales, cimentarlas y formar con ellas digno edificio; pero las piedras espirituales, ¿dónde, dónde se encuentran? No será permanente esta situacion anormal. Las madres de familia se ablandarán y entregarán á sus mejores hijos para el Santuario. El edificio espiritual se construirá más sólido, más vasto, más hermoso que el que has visto ini-

ciarse y elevarse majestuoso en tu capital; pero esta feliz transformacion no serás tú quien logre mirarla: *Jordanem istum non transibis.*

Fundaste un hospital en una de tus principales ciudades; cayeron luego con insólita abundancia las aguas del cielo, y el ímpetu del engrosado torrente arrebató en una noche la reciente fábrica, sin dejar piedra sobre piedra del piadoso edificio. Casi al mismo tiempo caían parcialmente derribados por el huracan y las lluvias otros templos recien adornados; y tu catedral, aunque sin graves contratiempos, avanza á paso lentísimo, sin que sea posible augurar su próximo coronamiento. Todas las ruinas se levantarán; todos los escombros desaparecerán; las bóvedas y cúpulas de esta basílica no tardarán en verse cerradas; pero no serás tú quien goce de tan bello espectáculo, ni acabarás de edificar mi casa y mis atrios. Un rio caudaloso y sin vado te separa de esta época de gracia y de felicidad, y no te será dado pasarlo: *Jordanem istum non transibis.*

¿Qué hacer, hermanos é hijos mios, cuando me agobia tan terrible sentencia? El Señor, misericordioso en medio de su justicia, me ha

conducido hoy, como á Moisés, á la cumbre de una montaña, de donde puedo ver á lo léjos la tierra prometida. En mi nueva Basílica acabo de ungir al quinto sacerdote de los que han consagrado mis manos para Tamaulipas. Es una sola nave, sí, pero ya terminada, la que me abriga en este dia solemne; y me circundan vestidos con el talar ropaje del eclesíastico, mis seminaristas, cuyo número aumenta, y me hace concebir esperanzas. Veo delante de mí arrodillado y devoto al pueblo de mi capital, y su recogimiento me recuerda á lo vivo los espirituales triunfos alcanzados en la última pastoral visita. Lo pasado y presente me deja entrever el porvenir; y sabedor de que no he de gozar yo mismo del fruto de mis fatigas, os congrego como Moisés al pueblo todo de Israél, y poniendo delante de vosotros al clero que he empezado á formar, y que ha de ser quien os conduzca á la tierra prometida, le digo en la persona del que acabo de consagrar: esfuérzate y sé robusto, porque tú introducirás á este pueblo en la tierra que el Señor juró á sus padres que les habia de dar: *Confortare et esto robustus: tu enim in-*

troduces populum istum in terram, quam daturus se patribus eorum juravit Dominus. Oye, pues, nuevo Levita, mis solemnes admoniciones; escúchame, oh pueblo, y sé dócil á mis palabras; recoge, oh nuevo edificio, y guarda mis últimas bendiciones.





I

ESFUERZOS sobrehumanos y fortaleza inquebrantable necesita, en verdad, todo ministro del Altísimo. Aunque se halle rodeado de fieles dóciles y obedientes, piadosos y llenos del espíritu de Cristo, el sacerdote que ha de guiarlos al cielo es preciso que ejerza sobre sí propio continua vigilancia, no sea que, como dice el Apóstol, miéntras salva á sus hermanos, él mismo miserablemente perezca. Puesta la mano en el arado es indispensable que siga adelante sin vacilar, que ni siquiera vuelva atrás la vista, que desprecie los ardores del sol y la inclemencia del tiempo; de otra suerte jamás se llevará á cabo la obra empezada, y lo abrumará terrible ruina.

Recuerda, oh nuevo sacerdote, las palabras que te fueron dirigidas por el Pontífice, al ser incorporado al gremio de los levitas: "No es nuestra guerra contra enemigos débiles de carne y de sangre, lo dice el Apóstol de las gentes; tenemos que luchar cuerpo á cuerpo con los príncipes y potestades de las tinieblas; y á la tribu del Leví de la Ley Nueva, toca como á la del Antiguo Testamento, marchar á la vanguardia y defender el atrio del Templo." ¡Ah! desde entónces se te pudo decir: esfuérzate y sé constante; *confortare et esto robustus;* sin un valor indómito, sin una robustez á toda prueba, no podrás llevar á cabo tu sublime mision.

Hoy al ascender un grado más en la jerarquía eclesiástica, te ha recordado la Iglesia la obligacion que te incumbe de mostrarte anciano en virtud y en prudencia, en madurez de consejo y en constancia en tus propósitos; á semejanza de aquellos setenta y dos esforzados varones que escogió Moisés para que le ayudaran en el gobierno de Israél. ¡Árdua tarea, por cierto: ser jóven por los años y anciano por las obras! De grandes esfuerzos has me-

nester, y al ungirte presbítero no puedo ménos que repetirte: *confortare et esto robustus.*

Pero no es tu mision, ni la del clero que he empezado á formar, como podia serlo en alguna de nuestras antiguas diócesis ó de los grandes centros cristianos de nuestro país. Es más árdua, más peligrosa, más arriesgada; pero tambien más meritoria y más sublime. No os bastan á vosotros las virtudes ordinarias del sacerdote; se requiere toda la actividad, toda la forlaleza, toda la constancia del misionero y del Apóstol, porque aún teneis que pasar el Jordan, y en medio de mil obstáculos y contradicciones, convertir á un pueblo aún no suficientemente evangelizado, y llevarlo á la tierra de promision.

Confortare et esto robustus, dijo Moisés á Josué al anunciarle su próxima muerte; y el Señor, dignándose hablar al nuevo caudillo de su pueblo, *confortare et esto robustus*, repitió: esfuérzate y sé robusto, porque tú introducirás á los hijos de Israél en la tierra que les he prometido, y yo seré contigo. Muere Moisés; es tiempo de marchar; da Jehová la órden de pasar el Jordan, y la acompaña con la solem-

ne admonicion que resonaba há poco en nuestros oídos en el lenguaje de la Iglesia. Esfuérzate y sé robusto, dice al hijo de Nun; esfuérzate, pues, y sé robusto mucho, repite: *confortare et esto robustus valde*, para que cumplas toda la ley que te mandó Moisés mi siervo.

¡Nuevo sacerdote, jóvenes eclesiásticos que habeis dejado vuestros hogares para venir en pos de mí á trabajar en regiones al parecer estériles, pero que vuestros sudores apostólicos no tardarán en fecundar! Pues vosotros terminaréis la obra que á mí solo concede el Señor iniciar; pues vosotros recogeréis el fruto de mis fatigas al pàr que de las vuestras, dejad que yo os diga una y mil veces en nombre del cielo: Esforzaos y sed robustos; muestren vuestros hechos que sois verdaderos varones apostólicos y que nada os arredra cuando se trata de predicar el Evangelio: *confortamini, estote robusti, viriliter agite.*

Atraviesan el Jordan los israelitas bajo las banderas del esforzado Josué; la Fe, que no las armas, hace caer los muros de Jericó; el Señor está con sus siervos, como lo ha prometido, y triunfan sin dificultades, merced á

la divina proteccion. Sale de la ciudad tomada con pequeño destacamento, para conquistar á la vecina Haì, defendida por poquísimos enemigos. Pero alguno ha prevaricado en Israél; el Señor ya no socorre á su pueblo, y un puñado de Amorreos hace volver las espaldas y acuchilla sin piedad á tres mil guerreros. "Señor Dios mio, exclama Josué cubriéndose el rostro de rubor; Señor Dios mio, ¿qué diré viendo á Israél volver las espaldas á sus enemigos? *Domine mi Deus, quid dicam videns Israelem hostibus suis terga vertentem?*"

Bien puedo, hermanos mios, comprender el dolor del atribulado caudillo; porque yo tambien he visto á los mios volver las espaldas al enemigo. Yo he visto jóvenes misioneros, llamados evidentemente por Dios, que ántes de la lucha se mostraban llenos de valor y espíritu evangélico; yo los he visto huir acobardados al primer obstáculo, temblar de pavor á la menor sombra de peligro, y abandonar el campo cubriéndose á sí propios de ignominia y llenando de amargura á su jefe. Yo tambien me he postrado en tierra cual Josué, y cubierta de cenizas mi frente, he pro-

rumpido en amargas quejas y destemplados gritos de dolor. "Señor, he dicho, ¿para esto hiciste que estos infieles levitas escucharan mi voz y la tuya, y abandonaran sus hogares con el fin de predicar aquí el Evangelio? Más valiera que nunca dejaran las dulzuras de la casa paterna; que nunca se hubieran arrancado al regazo de sus madres. Ménos baldon recaeria sobre ellos; y si ningun bien, al ménos ningun daño habrian hecho á la santa causa de que me has nombrado caudillo."

Tenedlo entendido, nuevos levitas: del mismo modo que á la derrota de los tres mil de Hai, una falta precede siempre á estas defecciones. El apóstol fiel á su vocacion, que en lo grande y en lo pequeño cumple con la ley del Señor, ni siquiera sueña en dar un paso hácia atrás. Cuando se ve vacilar al pequeño ejército de misioneros; cuando las filas se desordenan; cuando el paso se afloja y se empieza á retroceder, podemos exclamar sin temor de equivocarnos: "Anatema hay en medio de tí, oh Israél: no podrás subsistir delante de tus enemigos, hasta que sea quitado de en

medio de tí el que se ha contaminado con esta maldad." (Jos. VII, 13.)

Nuevo Levita! *confortare et esto robustus.* Que el oprobio de la huida jamás recaiga sobre tu frente. Vé á predicar el Evangelio como el Señor te ha enviado, sin vacilar á manera del perezoso que quiere y no quiere segun la gráfica expresion de los Proverbios (XIII-4); *piger vult et non vult.* Marcha sin detenerte, sin echar de ménos lo que dejas atrás, ni inquietarte por el porvenir. Vé, que en nombre del Señor yo te envio de la misma suerte que Él envió á sus apóstoles: como corderos entre lobos: *tanquam agnos in medio luporum.* (Luc. x.)

Pero cómo, Señor, ¿esta es la prueba de amor que das á tus escogidos y amigos? ¿Los envias al matadero, á ser devorados sin remedio, á ser víctimas de enemigos poderosos é implacables, como lo es de la tímida oveja el montaraz y carnicero lobo? No, responderé con San Ambrosio; no injurieis de tal manera al Supremo Pastor de las almas. ¿Es él acaso semejante al mercenario, que apénas ve venir al lobo, cuando abandona las ovejas y se pone

en salvo con vergonzosa huida? ¿De qué pastor que medianamente cumple con su deber, se ha oído decir en el mundo que abandone á su rebaño en las garras de las bestias feroces? No; Jesus, el buen Pastor por excelencia, no manda á sus corderos á ser devorados por las fieras, sino á que se cumpla la profecía de Isaías: depondrán los lobos su natural fiereza, y pacerán mezclados con los corderos que ántes perseguian: *tunc lupi et agni simul pascentur.* (Isai. lxv, 25.) Pero ¿qué digo? Es mayor el triunfo á que Cristo envia á sus discípulos; y como todas las victorias, miéntras más gloriosa mayores dificultades ofrece, y más inminente es el riesgo de una vergonzosa derrota. Al tratarse de animales reales y verdaderos, nadie sospecha que el lobo vea de repente crecer lana sobre su cuerpo, y trueque el aullido aterrador en el apacible balido de la oveja. A nadie ocurre, mucho ménos, que el tímido cordero deje su nativa mansedumbre, y trocando sus apacibles retozos en asaltos feroces, adquiera los sanguinarios instintos del lobo carnicero. No así con los hombres que el Señor envia á guisa de corderos

en medio de otros hombres cuya perversidad y crímenes merecen que se les compare á bestias salvajes. No pasará mucho tiempo sin que las costumbres de unos y otros se asemejen; y si el lobo no se convierte en cordero, el cordero indudablemente se trocará en lobo.

¡Oh terrible alternativa! ¡Oh peligro inminente, capaz de hacer temblar al más decidido misionero! Y sin embargo, nada hay más cierto. Milagro, y milagro grande será el convertir á los lobos entre los cuales es enviado; pero será prodigio todavía mayor, el que si aquellos no cambian de naturaleza y de forma, tampoco se trasforme el predicador, y que conserve su mansedumbre de cordero, sin aprender siquiera á aullar cómo aquellos que lo circundan.

Pero no temais, no desmayeis: el Señor mismo es quien os envía para mostrar su poder; y al anunciároslo, es como si os dijera, segun observa el Crisóstomo: "No os turbeis porque se os envia en medio de lobos; porque yo puedo hacer no solo que no padezcais el menor daño, no solo que no os venzan los lobos voraces, sino que aparezcais delante

de ellos majestuosos, imponentes, terribles más todavía que el rey de las selvas, el leon, ante quien todas las fieras se humillan; pero os conviene que os envie de esta manera, para que sea más brillante vuestra corona, y resplandezca más y más mi virtud. Yo estaré con vosotros; pero á vosotros tambien toca poner algo de vuestra parte para no ser vencidos y estar seguros de mi gracia y mi proteccion: *sed, pues, prudentes como las serpientes, y sencillos como las palomas.*"

Óyelo atento, nuevo presbítero: no solo la mansedumbre del cordero, no sola la sencillez de la paloma; es indispensable tambien que te adorne la prudencia de la serpiente. ¿No veis á ese reptil, dice San Hilario, cómo al mirarse amenazado de muerte, se enrosca todo y oculta la cabeza en las largas espirales de su cuerpo? Recibe golpes, resiste hasta la amputacion de importantes pedazos de su prolongado organismo; pero defiende su cabeza, y solo la entrega cuando ya no le resta con que protegerla. Así ha de hacer el varon apostólico. Desgarren su cuerpo en hora buena los lobos feroces; quebranten sus huesos; beban

su sangre gota á gota; pero no permita jamás que su alma padezca detrimento: guarde, oculte, defienda su cabeza, que es Cristo, y conserve incólumes su fé y sus costumbres en medio de los mayores peligros. Y en verdad, continuaré con el mismo santo, la exquisita prudencia y tacto finísimo de que se valió la serpiente para precipitar á nuestros primeros padres de su trono de gloria, ¿no nos servirá á nosotros de norma para el bien? ¿no ajustarémos á ella nuestra conducta evangélica? Se guardó el astuto animal de dirigirse desde luego al varon. Supo bien que el medio más seguro de llevar á cabo su empresa era insinuarse con el sexo débil: *animum primum mollioris sexus aggressus est.* Se dirigió, pues, á nuestra madre Eva en el momento propicio, y la sedujo prometiéndole la inmortalidad. Con iguales promesas triunfarémos nosotros. Hablemos constantemente de la vida futura; con el ejemplo y las palabras desarraiguemos de los corazones el amor á las cosas presentes, y lo que la infernal serpiente prometió con mentira, ofrezcámoslo nosotros con verdad. Seréis como dioses, dijo ella, desobedeciendo

al Señor. Os harémos iguales á los ángeles, digamos nosotros, aprovechándonos de todas oportunidades y espiando el momento propicio; seréis iguales á los ángeles, siempre que imiteis la pureza de vida de aquellos bienaventurados espíritus, siempre que marcheis sin desviaros sobre los mandamientos del Señor.

¡Nuevo presbítero! escucha, por último, el bello consejo que, comentando las palabras del Salvador, te da el insigne Rabano Mauro. Al acercarse la estacion favorable, abandona la serpiente los caminos anchos, y busca por todos lados los pasos más estrechos y las hendiduras más angostas. Por ellas atraviesa una y mil veces oprimiéndose el cuerpo, y así más pronto y más fácilmente deja la piel antigua, y sale brillante y renovada. No de otra suerte el predicador evangélico ha de abandonar los caminos anchos del mundo. Busque la senda estrecha de la mortificacion y la penitencia, y despójese así totalmente del hombre viejo ántes de empezar sus tareas.

¿Escuchaste el saludable consejo? Yo lo repito una y mil veces, diciéndote hoy con más razon que cuando cayeron los cabellos de tu

frente bajo la tijera del Pontífice: *induat te Dominus novum hominem.* Un nuevo horizonte se abre delante de tí: vas á empezar la vida azarosa del predicador y el misionero: revístete, pues, de una fortaleza ántes desconocida; despójate de todo lo antiguo; sé de hoy en adelante un hombre nuevo, formado en el molde de que salieron los Apóstoles que convirtieron al Mundo Viejo, y los misioneros que conquistaron al Evangelio el nuevo mundo que habitamos. *Confortare et esto robustus.* Esfuérzate y sé robusto, porque lo que á mí me niega el Señor, á tí y á tus hermanos se dignará sin duda concederlo: vosotros veréis convertido este pueblo y terminado el templo que apénas he podido comenzar.





II

PUEBLO santo de Dios! Bello y consolador espectáculo es el que en su misericordia me ha concedido el Señor presentarte en este dia. Circundado de mis seminaristas he ungido sacerdote á un jóven levita, cuyo corazon arde en deseos de evangelizar estas regiones, y que ha abandonado su hogar para convertirse en siervo tuyo. ¡Y no es una escena aislada é insólita la que hoy me llena de alegría! En ménos de un año es la cuarta vez que mis manos se imponen sobre la cabeza de misioneros, destinados á vivir entre vosotros, y á guiaros ahora y llevaros despues que yo falte, á la tierra de promision. Regocijaos conmigo, amados oyentes, y dad

gracias á Dios que no nos desampara en medio de tantas tribulaciones; que nos aflige y castiga, sí; pero no nos niega sus consuelos y bendiciones.

Sin embargo, aunque debe henchiros de gozo el contemplar á vuestro nuevo padre espiritual y esforzado caudillo, hay consideraciones que cubrirán de rubor vuestras frentes. ¿Dónde, entre tantas piadosas mujeres como me rodean, dónde se encuentra la madre del recien–consagrado presbítero? ¿Hay alguno ó alguna entre los presentes que pueda decir: yo mecí su cuna, yo guié sus primeros pasos, aprendimos juntos las primeras letras, juntos estudiamos los rudimentos de las ciencias? . . . . ¡Ah! Bien lo sabeis. Léjos, muy léjos está su hogar, y ninguna de vosotras, oh madres tamaulipecas, ha sido hallada digna de arrullar en sus brazos á un sacerdote de Jesucristo. Así, pues, al mismo tiempo que os felicito por el aumento que ha tenido la sagrada milicia destinada á regir vuestras conciencias, no puedo ménos que dirigiros algunas palabras de tierno y paternal reproche.

Decia Moisés al pueblo de Israél, como habeis oído en la profecía que hoy os leyeron y que voy comentando: "Sé que despues de mi muerte os portaréis perversamente, y os apartaréis pronto del camino que os he mandado; y os vendrán males en los últimos tiempos, cuando hiciéreis lo malo delante del Señor." Estoy muy léjos de temer tantos males para vosotros; ántes bien, os auguro una época de bienandanza, que á mí no será dado presenciar. Me prometo que la piedad y la Religion establecerán su reinado entre vosotros, y me regocijo con esa brillante perspectiva. Tiemblo, no obstante, al pensar que no me suministrais reclutas evangélicos; que no teneis clero propio, que no hay vocaciones entre vuestros hijos, y hé aquí por qué insisto tanto y tantas veces sobre este desagradable tema. ¿Qué será de vosotros el dia en que vuestro Pastor, agobiado su cuerpo por la edad ó alguna dolencia, quebrantada la energía de su alma por las contradicciones, impedido tal vez por obstáculos imposibles de superar; qué será, cuando no pueda emprender los contínuos viajes que ha acostumbrado ha-

cer en busca de auxiliares? ¿Cómo quedarán vuestros pueblos sin párrocos ni misioneros? ¿Cómo crecerán vuestros hijos, no solo sin guías espirituales, sino probablemente con apóstoles del error que ocuparán el lugar de los ministros católicos? Quién os auxiliará en el lecho de muerte? ¿Quién bendecirá vuestras uniones? ¿Quién regenerará á vuestros hijos con las aguas saludables del bautismo?

Triste es el cuadro, y no puede ménos que hacernos temblar tan triste perspectiva. ¡Y se convertirá en realidad, si vosotros mismos no poneis pronto y oportuno remedio! Es preciso que cese la situacion anormal de nuestra Iglesia. Es menester, ¡oh madres! que seais generosas para con Dios que os ha dado vuestros hijos, y que le devolvais alguno, al ménos, de los que se ha dignado concederos. Que vuestro buen ejemplo, vuestra vida cristiana, vuestros piadosos consejos los vayan preparando desde la infancia para el santuario. Que nada vean, que nada oigan que pueda inspirarles aversion á esa clase privilegiada que el mundo aborrece precisamente porque está de él segregada por la virtud y por la profesion

de una vida pura y santísima. Dádnoslos desde temprano, dádnoslos sin vacilar; no negueis al santuario el tributo que os pide. Así se perpetuará la raza sacerdotal entre vosotros, como en toda tierra cristiana, y cesará esa triste necesidad de buscar en ajenos territorios incierto y precario socorro.





III

NO puedo ocultaros el inmenso gozo que me ha animado esta Semana Mayor, al celebrar los divinos oficios en mi nueva y definitiva Catedral. Al pasar el Juéves Santo en solemne procesion, parte por el antiguo templo, parte por la recien construida nave, entonaba con doble fervor las palabras del himno de la Iglesia: *Recedant vetera, nova sint omnia, Corda, voces et opera.* Todo indica, en efecto, el estado de transicion en lo moral y en lo material; y así como deseo y os exhorto á que os despojeis del hombre viejo, y á que revistan nueva forma vuestros corazones, vuestras palabras, vuestras acciones, así suspiro por el momento en que acaben de caer bajo nues-

tro martillo esos arcos deformes de la antigua raquítica parroquia, y se eleven paralelas á la que nos cubre, las otras dos naves que formarán un templo vasto y suntuoso, é inaugurarán una nueva época en la arquitectura nacional.

Sí, hijos mios, con santo orgullo y complacencia me extasío contemplando las delgadas y esbeltas columnas que sostienen los graciosos arcos ojivales, coronados de ébano precioso. Es la primera catedral de estilo gótico que se construye en el país, y bendigo la feliz casualidad que me obligó á desechar mi plan primitivo de erigir una Basílica á la Romana, y á adoptar otro más acomodado á nuestras circunstancias, á nuestras necesidades y á nuestra situacion. Cuéntase que los pueblos del Norte, al convertirse al cristianismo, recordando que en los bosques habian adorado á sus dioses, quisieron imitar en los templos aquellas selvas majestuosas y espesas que les habian prestado á sus padres imponente albergue. De aquí es que en las delgadas, altísimas y multiplicadas columnas, imitaron los troncos gigantescos al par que esbeltos de los

árboles de la floresta. Por adornos escogieron hojas y ramos, copia fiel del follaje que les daba sombra; y en vez del recto artesonado, ó del arco redondo, introdujeron el ojivo, largo y agudo como los arcos naturales que los mismos árboles forman en la selva al juntarse. ¿Qué mejor estilo, por tanto, para un pueblo que cifra su orgullo en sus vírgenes bosques de preciosas maderas, que aquel que los imita á lo vivo y retrata las selvas en que sus hijos abrieron los ojos?

Como para corroborar la opinion que acabo de citaros, vuestros artesanos y alarifes, que no siempre habian podido construir con perfeccion el arco romano en las otras fábricas que he emprendido; sin modelo que imitar; sin haber visto edificio gótico alguno, comprendieron al momento las condiciones del ojivo, y como veis, no hay tacha que poner á esa serie de arcos de elevadas puntas, ni á esas ventanas, parecidas á las de la Edad Média, que se ofrecen á nuestra vista y contemplo con deleite especial. ¡Loado sea Dios, hermanos mios! Ya que no puedo esperar el ver terminada la iglesia, cábeme al ménos la

satisfaccion de que la parte que llevamos construida, es por sí sola mayor que todo el recinto del antiguo templo. Caigan, pues, los restos de los viejos muros que aún quedan en pié, y esta noche de resurreccion espiritual, renazca tambien de sus ruinas el edificio material. ¡Ah! Cuánto hubiera deseado ántes de la ausencia tan larga que me aguarda, haber cimentado los mármoles y columnas del precioso altar que os traje hace un año! Habria querido, al ménos, dirigiros estas palabras desde el rico púlpito de entallada encina que veis en el vestíbulo del seminario, cubierto aún por la enorme caja en que atravesó el Océano! Dios no lo ha querido, y solo me ha sido dado consagrar con mi mano la fuente bautismal, último dón quizá de vuestro primer Prelado. . . . .

¡Arcos, columnas, bóveda sagrada! que el Señor os colme de bendiciones, que jamás os hiera el rayo ni os haga caer la malicia de los hombres. Que siempre se vea lleno este recinto de piadosas multitudes, y que ningun acto indigno venga á profanarlo. Que presto se vea terminada la casa del Señor, y que

ningun acontecimiento interrumpa nuestros sagrados trabajos. Que á vuestra sombra sean ungidos mil y mil sacerdotes nacidos en este suelo; y que en la fuente que hoy consagramos, se regenere infinidad de fieles cuya túnica bautismal nunca se manche. Que las bendiciones más escogidas caigan en fin sobre el nuevo presbítero, sobre todos mis auxiliares en el santo ministerio, sobre el pueblo fiel, y sobre el augusto templo cuya primera nave acabamos de inaugurar! *Así sea.*




Syracuse, N. Y.

